

VIII CONCURSO LITERARIO ESCOLAR “ESPAÑA SOLIDARIA”
2025-2026 (3º y 4º de ESO en Cataluña)

TRES TRABAJOS PREMIADOS Y CINCO MENCIONES ESPECIALES



ELIGE UN CUADRO DE GOYA, VELÁZQUEZ O SOROLLA
Y ESCRIBE LA HISTORIA QUE ESCONDE, REAL O INVENTADA

www.tolerancia.org/concurso.htm

MEMORIAS DE BREDÁ - Seudónimo: Don Alberto - GANADOR

La rendición de Breda (Velázquez)

Aquel frío amanecer en Breda jamás se borrará de mi memoria. Me llamo José de Rojas y fui soldado del ejército de Ambrosio Spínola.

Hacía meses que sitiábamos la ciudad, esperando su rendición. Nos envolvía un frío intenso, la falta de comida nos tenía decaídos y llevábamos semanas sin dormir. Los días, en ocasiones, eran interminables y nos sentíamos perdidos, desorientados. A pesar de todo, seguíamos adelante, con determinación y esperanza.

Tras una noche larga y silenciosa, el sol apareció brillante y con un esplendor inusual, distinto a cualquier otro amanecer que hubiéramos visto. La luz iluminaba tanto el campamento como nuestros rostros, cubiertos de suciedad y cansancio. El viento parecía desplazarse más lentamente, como si respetara ese momento. Todo estaba en calma, únicamente se escuchaba el canto delicado de los pájaros y el leve relincho de los caballos.

De repente, el campamento se llenó de murmullos: Justino de Nassau, líder de Breda, había pedido hablar con Spínola. Para nosotros eso solo podía significar una cosa, y era que la ciudad no tardaría en rendirse.

Sabíamos que no se trataba de un día cualquiera, de aquellos en los que solo importaba sobrevivir. Ese día, todos sentíamos que algo importante iba a suceder. Hasta los más infelices del campamento parecían asombrados, aliviados por fin, y se abrazaban. Yo, en cambio, observaba a lo lejos cómo Spínola deambulaba, analizando la estrategia del oponente. Sentía una gran admiración por él; era un líder valiente, ambicioso e inteligente.

Mientras me preparaba para formar junto a los demás soldados, noté que mis manos estaban heladas y el uniforme seguía cubierto de barro. Intenté arreglar mi ropa, pero fue casi imposible.

La capa estaba hecha pedazos, las botas repletas de agujeros y el rostro cubierto de heridas y suciedad. Supongo que todos estábamos igual: agotados y sucios. Después de tanto tiempo en aquel lugar, ni siquiera recordaba cómo era estar limpio y seco. Echaba de menos mi hogar, la chimenea encendida, un buen baño caliente y el cariño de mi gente. Cerré fuerte los ojos y pude oler el guiso recién hecho de mi madre, escuchar los ronquidos de mi padre y las voces de mis hermanos corriendo descalzos por la casa. De repente, el viento helado y el relincho de los caballos me hicieron volver a la realidad.

A lo lejos, saliendo de la ciudad de Breda, aparecieron los soldados holandeses. Avanzaban lentamente, con las banderas caídas y los rostros cansados. Se escuchaba el crujido de sus botas llenas de barro y el ruido de su armadura desgastada. Se notaba que habían sufrido mucho: estaban famélicos y maltrechos. Algunos estaban muy delgados, al borde del desmayo; apenas podían mantenerse de pie. Sin embargo, continuaban su marcha con dignidad. Me quedé sorprendido al observarlos, porque, aunque eran nuestros enemigos, parecían compañeros compartiendo su sufrimiento.

Spínola avanzó hacia ellos. Tenía el paso firme, pero sin un ápice de soberbia; todo lo contrario, sentía respeto y admiración hacia quienes habían luchado con valentía. Sus gestos transmitían calma, pero también firmeza, seguridad y fuerza.

Justino de Nassau y Spínola conversaron largamente, tratando de llegar a un acuerdo para evitar más sufrimiento. Fue una conversación seria y cargada de tensión, con miradas firmes y silencios eternos. Nosotros, los soldados, solo podíamos esperar inquietos, con el corazón acelerado y las manos sudorosas.

Cuando Justino de Nassau finalmente entregó las llaves de la ciudad, un silencio inmenso nos envolvió. La rendición había sido aceptada. Parecía que el tiempo se había detenido, y supimos que lo mantendríamos en nuestra memoria para siempre.

Más tarde, los soldados de Breda comenzaron a retirarse. Pasaban cerca de nosotros, en silencio y cabizbajos, con los pasos apagados. Vi a un soldado de mi edad y le ofrecí un trozo de pan; me miró con una extraña mezcla de sorpresa y alivio. Se parecía a mí: el rostro endurecido por el miedo y el hambre. Seguramente había vivido momentos difíciles y solo deseaba regresar a su hogar.

Mientras los demás continuaban su camino, comprendí que la guerra es mucho más complicada de lo que creía antes de alistarme. Entendí que había respeto incluso entre adversarios, un dolor común compartido en cada mirada. El enemigo también tenía miedo, frío y hambre. Y cansancio. Mucho cansancio.

También comprendí que la guerra no solo se gana con armas, sino con constancia, paciencia y estrategia. Cada paso, cada espera, nos había llevado a ese lugar y a ese momento. Estuve reflexionando un buen rato y sentí que algo dentro de mí había cambiado. Supe entonces que había madurado de golpe. Mi adolescencia había quedado atrás, desvaneciéndose como la pólvora. Ya no era ese chico joven que había llegado lleno de dudas y temor ante la guerra.

Había crecido y había aprendido lecciones que ningún libro podría enseñarme.

Recuerdo que no fue la rendición lo que más me impactó, sino la calma que siguió después. Era un silencio tan profundo que resultaba sobrecogedor. Parecía como si el enemigo estuviera buscándonos y aprovechando cualquier momento de descuido para atacarnos de nuevo, sin posibilidad de defendernos.

Finalmente nos dimos cuenta de que todo había terminado. El sol brillaba alto, y el cielo estaba totalmente despejado. Me senté en el suelo lleno de barro y respiré hondo. Sentía una combinación de alivio y felicidad. Pensé que echaría de menos también los momentos de descanso junto a la hoguera, por la noche, con los compañeros, contando historias o intentando calentar las manos.

Muchos de nosotros estábamos quietos, confundidos. En mi caso, estuve tendido en el suelo, lleno de barro y suciedad, un buen rato, observando cómo la vida iba volviendo a la normalidad.

Miré la entrada de la ciudad. No se oía ningún ruido, las casas estaban cerradas, no había nadie por las calles. Solo el viento moviendo hojas secas por el suelo, como limpiando el rastro de la guerra.

Nos dirigimos a pasar la noche en una posada mugrienta de Breda. Era una casa de madera y ladrillo. Los suelos eran de madera también y crujían a cada paso que dabas; las paredes estaban llenas de grietas y manchas de humedad. Las habitaciones eran pequeñas y oscuras, y las camas de madera con unas mantas desgastadas, que apenas cubrían los pies del frío. Se trataba de un lugar sucio, pero después de tantos meses en el campamento, me pareció cómodo. Una vez en la cama me sentí extraño, tenso. Era como si una parte de mí siguiera en el campamento, esperando órdenes.

Varios soldados regresamos a nuestro hogar, después de tantos meses alejados, con tanto sufrimiento vivido. Otros fueron trasladados a nuevos destinos. Para ellos, la guerra no había terminado.

Años más tarde, ya siendo un anciano sin apenas memoria, un día soleado contemplé el cuadro La rendición de Breda, de Diego Velázquez. Me quedé observándolo un buen periodo de tiempo, prestando atención a todos sus detalles. Mis ojos recorrían cada rincón del lienzo, fijándose en los colores, los pliegues, las miradas de los soldados. Casi me envolvía el olor de los caballos, la pólvora, el sudor y la tierra húmeda. Entendí que no se trataba solo de pintura, había vidas, esfuerzo y valentía. Cuanto más lo observaba, más revivía esa escena.

En esa obra se encontraba gran parte de lo vivido: las banderas, el barro, el gesto tranquilo de Spínola, la firmeza de Justino. Aunque yo no aparecía en el cuadro, sentía que formaba parte de él. Era parte de mi historia; yo había contribuido a ese gran momento. Con mi cansancio.

Con mis temores. Lo había presenciado. Cada detalle del cuadro que no había percibido antes me transportaba de nuevo a ese día. Sabía que, aunque mi memoria se fuera desvaneciendo y mi mente ya no recordara rostros ni gestos, ese lienzo siempre me devolvería a aquel momento.

Y, sin embargo, tal vez, después de todo, no sucedió exactamente, así como lo he contado.

Quizás mi mente lo ha cambiado con el paso del tiempo. Pero lo cierto es que siempre lo recuerdo igual: dos estrategias fatigados, firmes pese a todo, y los soldados alrededor, en silencio, presenciando un momento histórico. Un instante marcado por la tensión, el honor y el valor.

Aunque solo fui un soldado más, me gusta pensar que estuve presente para ser testigo y poder contar mi historia: la de un joven que estuvo allí, que creció, sintió y aprendió a valorar la vida.



EL ÚLTIMO DESAYUNO - Seudónimo: Velázquez - FINALISTA

Vieja friendo huevos (Velázquez)

Era un martes por la mañana. El despertador me acababa de sonar como cada día a la misma hora. Toda mi vida era la misma historia, la misma rutina. Me levanté de la cama y me vestí rápidamente con lo que mi abuela me había preparado la noche anterior. Mientras me vestía, el aroma de los exquisitos huevos fritos que hacía mi abuela muy poco a menudo me fue invadiendo, arrancándome una sonrisa solo de imaginarme comiéndolos.

Corriendo, bajé las escaleras en dirección a la cocina, donde mi abuela estaba preparando el desayuno. Como siempre que preparaba huevos, mi abuela los puso en un táper redondo, preparado para poder llevármelo al colegio para merendar.

Yo vivía solo con mi abuela. De muy pequeño, mis padres murieron en un accidente de coche causado por una persona borracha que acabó con la vida de dos personas que no se lo merecían. Desde entonces, mi abuela se ha estado ocupando de mí, como una madre lo hubiera hecho, cuidándome con un amor incondicionado.

Después de despedirme con un beso en la mejilla como cada mañana, me dirigí al colegio. Estaba cursando sexto de primaria en la escuela pública del pueblo. Desde pequeño, siempre me ha costado hacer amigos, por lo que a veces me encuentro un poco desplazado, como si no enajara entre todos mis compañeros. Por eso, a menudo me encuentro solo en los patios y en el tiempo libre, a excepción de cuando está Marcos, un chico tranquilo que suele sentarse a leer bajo el árbol del patio. Sin embargo, aquel martes no lo vi por ningún lado.

El camino hasta el colegio se me hizo más largo de lo habitual. El táper aún estaba tibio dentro de la mochila, y ese simple detalle me hacía sentir acompañado. Sabía que, a la hora del recreo, al abrirlo, el olor de los huevos fritos me devolvería por unos instantes a la cocina de casa, al sonido del aceite crepitando y a las manos arrugadas de mi abuela moviéndose con una delicadeza casi sagrada.

Pero no fue así.

En el recreo, cuando me senté en el banco de siempre, tres chicos de mi curso se acercaron riendo. Eran los mismos de siempre: los que disfrutaban haciendo sentir pequeño a cualquiera que no supiera defenderse. Uno de ellos me arrancó la mochila antes de que pudiera reaccionar. Otro la abrió de un tirón y sacó el táper.

—¿Qué es esto? —se burló—. ¿Comida de viejas?

Intenté quitárselo, pero me empujaron. El tercer chico abrió el recipiente y, sin pensarlo dos veces, volcó los huevos fritos al suelo. La yema se rompió contra el cemento y el olor, tan familiar, se mezcló con el polvo del patio. Los tres estallaron en carcajadas y se marcharon corriendo.

Me quedé quieto, mirando el desayuno esparcido por el suelo. No lloré. No grité. Solo sentí un nudo en el pecho, una sensación extraña, como si algo muy importante se hubiera quebrado sin hacer ruido. Recogí el táper vacío y lo guardé en la mochila, intentando ignorar las miradas de los demás.

El resto del día pasó borroso. Apenas escuché al profesor, ni siquiera me levanté cuando sonó el timbre final. Al salir del colegio, el cielo estaba gris, y un presentimiento extraño me acompañó durante todo el camino de vuelta.

Al llegar a casa, la puerta estaba entreabierta. Llamé a mi abuela, pero no respondió. La encontré en la cocina, sentada en su silla, con la cabeza ligeramente inclinada y las manos apoyadas sobre el delantal. La sartén seguía en el fuego apagado. Todo estaba en silencio.

No entendí nada al principio. Pensé que dormía. Pero no despertaba.

Los vecinos llegaron después, y más tarde la ambulancia. Dijeron palabras que yo no quería escuchar. Ese martes por la mañana, el mismo día en que me había preparado huevos fritos, mi abuela murió. Comprendí entonces que aquel había sido el último desayuno que me había hecho. El último gesto de amor cotidiano. Y yo lo había visto caer al suelo, pisoteado, sin poder hacer nada.

Durante días, la rabia me consumió. Pensaba en los abusos, en sus risas, en lo injusto de todo. Imaginaba enfrentarme a ellos, devolverles el golpe, hacerles sentir el mismo dolor.

Pero cada vez que lo intentaba, recordaba la mirada serena de mi abuela, su forma de hablarme con paciencia incluso cuando estaba enfadado.

Una semana después, regresé al colegio. Cada paso por el pasillo me pesaba como si llevara piedras en los bolsillos. El recreo llegó demasiado pronto, y con él, los recuerdos. Me senté en el mismo banco de siempre, aunque nada era igual. Ya no había táper en mi mochila, ni olor a hogar, ni una voz esperándome al volver.

Entonces los vi.

Venían caminando despreocupados, empujándose entre ellos, riendo. Mi cuerpo se tensó. Sentí cómo la rabia, contenida durante días, subía desde el estómago hasta la garganta. Por un instante, imaginé levantarme de un salto y golpearlos, devolverles todo el dolor que me habían causado. Imaginé sus caras de sorpresa, su miedo. Pero también imaginé las manos de mi abuela, ásperas y cálidas, posándose sobre mi hombro para calmarme.

Se detuvieron frente a mí.

—¿Hoy no traes el desayuno de la abuelita? —dijo uno, con media sonrisa.

Algo se rompió dentro de mí. Me levanté despacio. Las palabras salieron solas, sin gritar, pero cargadas de una tristeza tan profunda que incluso a mí me sorprendió.

—Ese desayuno... —empecé, tragando saliva— ese desayuno era lo último que me había preparado mi abuela. Murió ese mismo día.

El patio pareció quedarse en silencio. Sentí cómo me temblaban las manos, pero continué.

—No sabéis lo que era para mí —seguí—. Ella era todo lo que tenía. Se levantaba antes que yo cada mañana, aunque le dolieran las piernas, aunque estuviera cansada. Me hacía la ropa, preparaba la comida, me esperaba cada tarde. Esos huevos no eran solo comida. Eran su manera de decirme que me quería, que estaba orgullosa de mí, que no estaba solo en el mundo.

Noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas, pero no las dejé caer.

—Y vosotros los tirasteis al suelo como si no valieran nada —dije—. Igual que hicisteis conmigo. Y yo no pude hacer nada. Ni siquiera recogerlos.

Uno de ellos bajó la mirada. Otro dejó de sonreír. Yo respiré hondo y añadí, con la voz ya más firme:

—No quiero pegaros. No quiero ser como vosotros. Solo quiero que sepáis que ese día no solo me quitasteis el desayuno. Me quitasteis el último recuerdo vivo de mi abuela.

El silencio era pesado. Sin decir una palabra, se dieron la vuelta y se marcharon. No hubo disculpas, pero tampoco burlas. Nunca más volvieron a acercarse.

Me senté de nuevo en el banco, exhausto, como si hubiera corrido durante horas. Por primera vez desde la muerte de mi abuela, sentí que había dicho lo que llevaba dentro, que no había guardado el dolor en silencio.

Con el tiempo entendí que aquel martes no fue solo el final de una rutina, sino el inicio de algo distinto. Mi abuela ya no estaba, pero su forma de quererme seguía viva en mí. En cada decisión, en cada momento en que elegía no devolver el daño con más daño.

A veces pienso en aquel cuadro: la vieja friendo huevos, concentrada, humilde, ajena al paso del tiempo. Y comprendo que Velázquez no pintó solo una escena cotidiana, sino un acto de amor sencillo y eterno. El mismo amor que me sostuvo cuando todo parecía derrumbarse.

Porque hay gestos tan pequeños —un desayuno, una mirada, una mano que cuida— que, aunque acaben en el suelo, nunca desaparecen del todo.



El Coloso (Goya)

Siempre he sido una persona pequeña.

No de estatura, sino de presencia. De esas que no destacan en clase, que hablan cuando les preguntan y que nunca levantan la mano si no están seguros de la respuesta. Nadie me ha ignorado a propósito, pero tampoco me han buscado nunca. Simplemente estaba ahí.

Mi vida era normal. Escuela, casa, deberes, misa. Días que se parecían unos a otros sin ser exactamente iguales, aunque siempre con la misma rutina. Pero había algo que siempre me acompañaba desde hace tiempo: la sensación de que algo enorme estaba a punto de pasarme por encima.

No sabía qué era, solo lo sentía.

A veces lo notaba en el pecho, como un peso. Otras en la cabeza, como si mis pensamientos fueran demasiado para lo que venía. Cuando me preguntaban que qué quería hacer en el futuro, me quedaba en blanco. No porque no tuviera sueños, sino porque todos me parecían ridículos. Demasiado grandes para alguien como yo. Incluso, a veces, no me imaginaba a mí mismo después de diez años, no sentía que aguantaría tanto.

Un día empecé a verlo.

No con los ojos, al menos no del todo. Era más bien una presencia. Como cuando sabes que alguien está detrás de ti sin girarte. Caminaba por la calle y sentía que algo enorme avanzaba a mi ritmo, lento pero constante. No corría. No lo necesitaba.

Al principio pensé que era ansiedad. Le pregunté a mi madre. Decía que era normal sentirse así, que el futuro daba miedo, que crecer era complicado. Cerré la conversación y seguí con mi vida.

Pero la sensación no se fue.

Al contrario, creció.

Cada vez que fallaba en algo: un examen, una conversación, una oportunidad... La presencia se hacía más fuerte. No me gritaba ni me amenazaba. Simplemente, estaba ahí, ocupándolo todo, ocupándome a mí. Y yo me sentía cada vez más pequeño.

Empecé a cambiar sin darme cuenta. Dejé de intentar cosas nuevas. Si algo me salía mal una vez, no lo volvía a intentar. Prefería decir que no me importaba antes de arriesgarme a confirmar que no era suficiente.

Mis padres decían que estaba más callado. Mis profesores, que era un buen estudiante. Yo asentía a todo, pero por dentro solo pensaba en como salir del bucle. Y en no provocar aquello que sentía encima de mí.

Una noche soñé con él.

No tenía una forma clara, pero era inmenso. Más grande que los edificios, más grande que las montañas. No me perseguía. Caminaba en otra dirección, pero cada paso suyo me hacía temblar por dentro. Yo intentaba avanzar, pero no podía. Mis piernas no respondían.

Me desperté sudando.

Desde ese día, dejé de soñar.

O eso creí.

Los días se volvieron más borrosos. A veces no recordaba qué había hecho la tarde anterior. O que había dicho en una conversación importante. Me sentía desconectado, como si estuviera observando mi vida desde lejos.

Un viernes, después de un mal día, decidí caminar sin rumbo. Necesitaba aire. Subí una colina cercana a casa, un lugar desde el que se veía toda la ciudad. Me senté en el suelo y miré las luces apagarse poco a poco.

Allí, por primera vez, lo vi con claridad.

No era una figura concreta, pero ocupaba el horizonte. No tenía rostro, pero sabía que estaba mirando hacia delante. No hacía mi. Hacia algo más allá. Me di cuenta de que no me estaba esperando.

Me estaba dejando atrás.

Sentí pánico, no a él, sino a desaparecer. A no significar nada. A quedarme tan atrás que ya no importara. Grité, aunque nadie me oyó. Me abracé las rodillas y lloré como no lo hacía desde niño. Por fin entendí que nadie vendría a salvarme, que lo tenía que hacer por mí mismo.

-No quiero ser pequeño- dije en voz alta.

El viento se llevó mis palabras.

Los días siguientes fueron peores. Empecé a evitar espejos. No me reconocía del todo. Mi reflejo parecía más apagado, más difuso. Como si yo mismo me estuviera borrando poco a poco.

Hasta que una mañana no me levanté.

No porque no sonara el despertador, sino porque no sentía mi cuerpo. No tenía sueño, ni cansancio. Simplemente... nada. Abrí los ojos y todo estaba demasiado quieto.

Me senté en la cama. La casa estaba en silencio. Llamé a mi madre. No respondió. Fui a su habitación. Vacía. Lo mismo con mi padre.

Salí a la calle.

La ciudad seguía ahí, pero algo no iba bien. La gente caminaba sin mirarme. Algunos pasaban a través de mí sin darse cuenta. Intenté tocar a alguien. Mi mano lo atravesó.

Entonces lo entendí.

No había sido el coloso el que me hacía sentir pequeño.

Había sido yo.

Yo eligiendo desaparecer poco a poco. Yo renunciando a ocupar espacio. Yo convenciéndome de que no importaba para no tener que enfrentarme al miedo de fallar. Yo renunciando a ser visto.

El coloso no era una amenaza.

Era el mundo avanzado.

Y yo me había quedado tan quieto que había dejado de existir dentro de él.

Miré mis manos, casi transparentes. No sentí tristeza. Sentí rabia. Por primera vez en mucho tiempo, algo fuerte. Algo real.

Di un paso adelante.

No cambió nada.

Di otro.

Mi mano empezó a recuperar forma.

Entendí entonces que no se trataba de vencer al coloso ni de huir de él. Se trataba de caminar. De ocupar espacio. De aceptar que ser pequeño no te protege de nada.

Seguí avanzando.

Y mientras lo hacía, el coloso no se giró.

Nunca lo hizo.

Porque nunca estuvo ahí para aplastarme.

Estuvo ahí para recordarme que el mundo no se detiene por nadie que decida desaparecer.



UN SOLDADO ANÓNIMO - Seudónimo: El autor incomprendido - MENCIÓN ESPECIAL

Los fusilamientos del 3 de mayo (Goya)

Creo que la memoria es como un animal, porque ataca cuando menos lo esperas y se esconde cuando intentas atraparla. Pero hay recuerdos que no desaparecen, que están en la conciencia como una marca que el tiempo no puede borrar. Ninguno me persigue tanto como el del amanecer del 3 de mayo. Un amanecer que, aunque han pasado muchos años, lo sigo recordando como si el tiempo no hubiese hecho su trabajo y yo siguiese ahí, con el fusil entre mis manos, escuchando los gritos de los hombres a los que íbamos a ejecutar.

Mi nombre ya no importa, porque lo que hice ese amanecer lo ensució para siempre. Pero sí importa mi historia, o al menos, eso creo cuando intento entender cómo llegué a convertirme en uno de los soldados que aparecen en ese cuadro famoso de Goya, donde representó no solo la muerte de esos hombres, sino también la frialdad que puede llegar a tener un ser humano, y yo soy uno de esos cuerpos que apuntan sin expresión.

Crecí en una familia donde la disciplina era el valor más importante. Mi padre, un hombre que sufrió mucho por la pobreza, creía que la disciplina era la mejor virtud que se le podía enseñar a un hijo. Nunca fue cruel, pero sí inflexible. Mi madre, en cambio, era una mujer silenciosa, de mirada triste, y aunque me quería, mostraba afecto de manera muy limitada.

Recuerdo que, de niño, solía escaparme al bosque cercano a mi pueblo, donde podía correr sin que nadie me diese órdenes, donde podía imaginar que el mundo era mucho más grande que las paredes de mi casa y que mi destino no era la pobreza ni la obediencia. Pero esos momentos eran cortos, porque siempre tenía que volver a casa, y cada vez que cruzaba la puerta, mi padre me miraba decepcionado, y me hacía sentir pequeño, como si mis sueños no le importasen a nadie.

Cuando cumplí diecisiete años, la guerra había matado a muchos jóvenes de mi pueblo, y el ejército recorría los pueblos y las aldeas reclutando a los que seguían teniendo fuerzas para disparar un fusil. Yo no quería irme, pero tampoco quería hacer enfadar a mi padre, así que cuando el reclutador llegó, acepté sin pensarlo, convencido de que quizás, lejos de casa, podría encontrar algo que diese sentido a mi vida. Lo que no sabía era que lo único que encontraría sería una versión de mí mismo que jamás me hubiese imaginado.

El entrenamiento fue duro, pero no tanto como la transformación interior que sufrimos todos los que estábamos ahí. Poco a poco, aprendimos a obedecer sin preguntar, a disparar sin temblar, a ver al enemigo no como una persona, sino como un obstáculo, y aunque al principio me costaba dormir después de cada ejercicio de tiro, con el tiempo la conciencia se acostumbró y normalizó la violencia. Aun así, había noches en las que me despertaba asustado, con la sensación de que algo dentro de mí no quería desaparecer, una voz que me recordaba que no había nacido para matar.

Cuando llegamos a España, Madrid me sorprendió mucho por su energía, por la manera en que la gente llenaba las calles incluso en tiempos de guerra, y por la vida cotidiana, porque parecía que le diese igual que el ejército estuviese allí. Pero también sentí una especie de rechazo que se puede notar en las miradas, en los gestos, en la forma en que algunos se apartaban al vernos pasar, y sabía que para ellos éramos invasores.

El levantamiento del 2 de mayo fue un brote de ira por parte de los españoles, que nos tomó por sorpresa. Muchos de mis compañeros lo vieron como una prueba más de violencia, de los españoles, pero yo no pude evitar sentir cierta admiración por aquella gente que, armada con navajas, piedras y cualquier cosa que encontrase, se enfrentó a nosotros con una valentía que yo jamás habría tenido para enfrentar nada en mi vida. Al día siguiente, nos ordenaron reunir a los prisioneros y llevarlos a la colina del Príncipe Pío.

Aquel amanecer fue distinto a todos los que había vivido. El cielo estaba grisáceo y el aire estaba tan quieto que incluso el sonido de nuestros pasos hacía retumbar el suelo. Los prisioneros avanzaban delante de nosotros, algunos llorando, otros rezando, otros en silencio, y yo los miraba intentando encontrar en sus caras algo que me permitiera

justificar lo que íbamos a hacer, pero lo único que veía eran seres humanos como yo, y una humanidad que me resultaba insoportable porque me recordaba la mía.

Cuando los pusimos en línea frente a nosotros, sentí que el mundo se iba a parar. El hombre de la camisa blanca me miró con una intensidad que me atravesó el alma, como con un cuchillo, y en su mirada no había odio ni rencor, sino una especie de comprensión, como si él supiese que yo también era una víctima, aunque de otra manera. Quise bajar el fusil, quise gritar que lo que íbamos a hacer era una locura, pero mis piernas no se movieron, mis manos no obedecieron a mi corazón, y cuando el general dio la orden, disparé.

El sonido de ese disparo todavía resuena en mi cabeza, un sonido que no es solo ruido, sino una herida que se abre cada vez que recuerdo lo que pasó. Vi morir a esos hombres y sentí que algo dentro de mí se rompía para siempre. No dormí esa noche, ni muchas otras después, porque cada vez que cerraba los ojos veía la camisa blanca, los brazos alzados...

Con el tiempo, aprendí que aquel día no solo maté a unos hombres inocentes, sino que también maté al chico que corría por el bosque soñando con un futuro distinto. Desde entonces, he vivido con la sensación de que camino acompañado por sombras, sombras que no me juzgan, pero que tampoco me dejan olvidar lo que pasó ese amanecer. Y aunque intento seguir adelante y trato de convencerme de que el pasado no puede cambiarse, sé que hay silencios, como el de antes de ese disparo, que nunca dejarán de sonar dentro de mi cabeza.



NO SOY UN MAL PADRE - Seudónimo: El del vino - MENCIÓN ESPECIAL

Los borrachos o el triunfo de Baco (Velázquez)

Ese soy yo, el del sombrero negro, el que está en medio del grupo cuando bebemos, el que aguanta la jarra con fuerza porque no sabría que hacer si no la tuviese en mis manos. No pienso demasiado en lo que hago, nunca he sido de pensar. El vino entra, baja y se queda, y con eso basta. Cuando estoy con los otros, sentado cerca del dios coronado de hojas, no me siento menos ni más que nadie. Solo un hombre que bebe, como tantos.

Aquel día bebimos largo rato. El vino era espeso y dejaba la lengua torpe. Reíamos, empujándonos, diciendo cosas sin sentido. Yo bebía más rápido que los demás y no me importaba. El calor me subía al pecho y me aflojaba el cuello. Notaba el cuerpo pesado, pero firme. Cuando me levanté para volver a casa, ya llevaba el vino metido bien dentro, lo suficiente como para que todo me diera igual, pero lo adecuado como para no caerme.

Entré en casa sin cuidado. La puerta golpeó la pared y el ruido resonó dentro. Ella estaba sentada, cosiendo a la luz pobre. Al verme, dejó la labor y se levantó despacio. No habló enseguida, pero su cara ya decía demasiado. Me preguntó dónde había estado y por qué llegaba así. No gritó, no lloró. Eso me sacó de quicio. Le dije que cerrara la boca. Se acercó un poco, quizá para ayudarme a quitarme el polvo, quizá para decir algo más. Le di una bofetada con fuerza suficiente para que la cabeza se le fuera a un lado y perdiera el equilibrio.

Cayó sentada contra el banco y se quedó quieta unos segundos, llevándose la mano a la cara.

Cuando intentó levantarse, fui hacia ella. La agarré del brazo y tiré. Noté cómo se quejaba al apretarle. Le di un puñetazo en el vientre, seco, sin levantar mucho el brazo. El aire se le fue de golpe. Se dobló sobre sí misma y cayó al suelo. Vomitó un poco y empezó a toser. Le dije que era culpa suya, que siempre tenía que hablar cuando no debía. Le di una patada en la espalda, justo debajo del hombro. Se arrastró un poco, dejando un rastro de saliva y bilis en el suelo. Cuando trató de ponerse a cuatro patas, le di otra patada en el costado. Se oyó un golpe sordo, profundo. Gritó mi nombre.

Los niños se despertaron. El pequeño lloraba desde la cama, el mayor apareció en la puerta, rígido, con los brazos pegados al cuerpo. La niña estaba detrás, sin decir nada. No los miré mucho. Le grité al mayor que se fuera y no se movió hasta que volví a gritarle. Entonces se llevó a los otros.

Ella seguía en el suelo. Intentó incorporarse apoyándose en la pared. La agarré del pelo y la arrastré un poco hasta que la cabeza le golpeó la madera. No muy fuerte, pero lo bastante para que se quedara aturdida. La solté y cayó de lado. Respiraba mal, con un ruido húmedo en el pecho. Me senté en el banco y me serví vino. Me temblaban las manos, pero al beber se me pasó. Ella no se levantó durante un rato. Cuando lo hizo, se movía despacio, doblada, con la cara hinchada y sangre seca en el labio.

A la mañana caminaba con dificultad. Tenía un ojo cerrado de la hinchazón y el costado morado, casi negro. Aun así, encendió el fuego, amasó el pan y dio de comer a los niños.

Es que esa es su función, encender el fuego, amasar el pan y dar de comer a los niños. Cada vez que se agachaba o se giraba, apretaba los dientes y se quedaba quieta un segundo, que rabia me generaba, verla quejarse, por qué he de aguantar yo sus estúpidas quejas, por qué.

Me senté en el poyo de la casa y bebí lo que quedaba del día anterior. El vino me bajó caliente y me calmó la cabeza, Mariano, el alcalde, tendría que cambiar el nombre de la plaza, que actualmente se llama “La plaza de los pajaritos” por el nombre del descubridor del vino. ¡Qué gran persona la que descubrió este maravilloso elixir!

No siempre es igual, hay días en que basta un empujón, otros en los que la cosa va más lejos.

Una vez le tiré un plato a la cara porque la comida estaba fría, es que estaba realmente fría. Le abrí la ceja. La sangre le corría por la frente y le caía en el ojo. Le dije que se limpiara y que dejara de manchar el suelo. Otra vez la empujé

contra la mesa y se golpeó las costillas. Estuvo días sin poder respirar hondo. Aun así, continuaba haciendo lo que tenía que hacer.

Los niños no molestan mucho, el mayor evita cruzarse conmigo. Cuando paso, se queda quieto. La niña apenas habla. Me mira con esos ojos fijos que no aparta. El pequeño se esconde o se orina encima cuando grito. No sé cómo comportarme con ellos, nunca lo he sabido, nunca creo que lo necesite saber.

No soy un hombre malo, trabajo cuando hay trabajo. Traigo lo que puedo. En esta casa nunca ha faltado pan. El vino cuesta, pero lo consigo. Lo demás son cosas que pasan dentro de las casas y no le importan a nadie. Así ha sido siempre. Mi padre hacía lo mismo y miren, yo salí adelante.

Sé que el vino me cambia. Lo noto en el cuerpo, en cómo se me tensan los brazos y en cómo me arde la cabeza cuando alguien me contradice. Sé que sin vino me pongo nervioso, me duele todo y no aguanto el silencio. Con vino, al menos, todo se mueve y no tengo que pensar.

A veces, cuando estoy solo un rato y no he bebido aún, veo su cara como queda después de los golpes. Veo a los niños callados. Eso me molesta. Entonces bebo para que se me pase.

Cuando estoy con los otros, cuando levantamos la jarra y bebemos hasta que la boca se me queda seca y la lengua pesada, no pienso en nada más. El vino baja, se queda y manda. Yo obedezco.



AMIGOS Y ENEMIGOS - Seudónimo: Toguila18 - MENCIÓN ESPECIAL

Dos viejos comiendo sopa (Goya)

La habitación apenas tiene forma. Apenas hay luz. Las paredes se pierden en la negrura y solo la mesa es visible: madera vieja, comida pobre, dos cuerpos vencidos inclinados sobre un cuenco de sopa. No hay reloj. El tiempo aquí se ha detenido o se ha rendido. Somos dos ancianos comiendo sopa. Eso es todo lo que se puede ver. Pero bajo nuestras manos temblorosas se esconden décadas de guerras, disparos y asesinatos. Con los ojos hundidos, no por la edad, sino por lo visto; comemos sopa en el “impasse” entre la vida y la muerte. Como si la historia, al final, siempre acabara así: en silencio, temblando.

Ya no tengo dientes, por eso sorbo la sopa como un niño. La cuchara tiembla en mi mano, no sé si por el frío o por mis recuerdos. Delante de mí, el otro viejo come en silencio. No hablamos. Ya no hace falta. Todo lo que teníamos que gritarnos lo hicimos hace muchos años, con fusiles.

Nací bajo un rey que decía gobernar en el nombre de Dios, pero yo aprendí pronto que Dios nunca vivió lo que nosotros. Cuando llegaron las nuevas ideas: libertad, constitución, derechos; sentí que por fin alguien ponía palabras que describieran mis pensamientos. No quería seguir oprimido más. No quería que mis hijos nacieran siervos.

Fui soldado liberal. Luché contra franceses, luego contra los míos. Qué ironía, primero nos invadieron, luego nos matamos entre familiares. Defendí a los míos como si fueran mis hermanos.

Vi fusilar a amigos por pensar distinto. Vi curas bendecir ejecuciones. Vi campesinos morir sin saber ni qué era ser liberal o absolutista. Vi a hermanos matarse entre sí y vi a mis tíos matar a mis padres por defender a sus sobrinos.

Yo sobreviví porque aprendí a callar. La libertad por la que había luchado y matado se volvió innombrable. Me hice viejo esperando que aquellas ideas liberales formaran un país que nunca terminó de nacer.

Sorbo otra vez la sopa y siento que se enfría antes de llegar a la garganta. Pronto también yo me apagaré, sin himnos ni banderas. Tal vez entonces el país siga igual, repitiendo sus errores con nuevas palabras. Pero mientras pueda recordar, mientras alguien sepa que hubo quienes soñaron con algo distinto, no habrán ganado del todo. Yo fui liberal, fui soldado, fui hombre. Y aunque acabé así, sobre un cuenco, nadie me quitó ni quitará haberlo intentado.

El otro viejo me mira a veces con esos ojos hundidos que ya no juzgan. No sé si fue absolutista, si rezó por mi muerte o si simplemente sobrevivió como yo. Tal vez fue enemigo. Tal vez verdugo. Ahora eso ya no importa. Compartimos la misma miseria, la misma vejez desdentada, el mismo caldo que apenas sacia al estómago. La historia nos trituroó igual, aunque marcháramos por bandos distintos.

Ahora solo me queda esta sopa aguada. Mis manos, que empuñaron un fusil por la libertad, apenas pueden coger la cuchara. ¿Valió la pena? No lo sé. Pero si no hubiera luchado, sentiría que había muerto por dentro; mis ganas de luchar por nuestra libertad me habrían consumido.

Como despacio. No porque quiera, sino porque el cuerpo ya no responde. La sopa está fría, pero entra mejor así. El viejo frente a mí me mira de reojo. Sé lo que fue. Él también sabe lo que fui yo. No lo decimos.

Serví al rey. Y no me avergüenzo. Me criaron para obedecer, para creer en el orden, en Dios, en la tradición y en la dinastía real. Cuando todo empezó a cambiar, cuando los jóvenes hablaban de derechos y constituciones, yo solo veía caos.

Tomé las armas para defender lo que conocía. Luché contra franceses, sí, pero también contra liberales que querían quemarlo todo. Decían que traían progreso y libertad. Yo vi pueblos arrasados, iglesias saqueadas, familias destruidas. ¿Eso era la libertad?

Pensé que el castigo era necesario para mantener la paz. Acompañé a tropas que fusilaron a rebeldes al amanecer. No dormí bien durante años, pero me repetía que era por el bien de la patria.

Con el tiempo, empecé a dudar. No del rey, sino de la sangre. Demasiada derramada en vano. Vi morir a muchachos que apenas entendían por qué luchaban. Vi viejos como yo convertidos en perros rabiosos, defendiendo ideas que ya no podían explicar.

España siempre fue una madre que devora a sus hijos. Nos prometieron patria, orden, fe, y solo nos dieron tumbas y silencio. Cada rey nuevo venía con la misma cara antigua, y cada victoria olía a derrota. Yo creí que las ideas bastaban para enderezar un país torcido. Qué joven era entonces. Qué ciego.

Ahora soy solo un anciano comiendo sopa. El absolutismo murió conmigo, o quizá me mató él a mí. El rey, Dios, la patria... palabras grandes para una alma vacía.

Miro al viejo liberal frente a mí. Pensé que éramos enemigos. Tal vez solo fuimos dos hombres usados por otros. Si volviese a empezar, no sé qué elegiría. Pero ya es tarde. La guerra terminó hace décadas, aunque nunca salió de mi cabeza.

El silencio pesa más que la sopa. No es incómodo, es denso, como una tierra removida demasiadas veces. A ratos, nos perdemos en recuerdos que no pedimos tener. La guerra nos enseñó a sobrevivir, no a vivir. Aprendimos a obedecer órdenes, a disparar antes de pensar, a justificar lo injustificable. La ideología vino después, como una excusa elegante para la violencia. Nos sentamos frente a frente. Él ve en mí al enemigo que juró destruir. Yo veo en él la amenaza que me dio la justificación de mis actos, pero ahora, sin uniformes, sin banderas, sin jóvenes a los que mandar a morir, nos miramos mutuamente dándonos cuenta de que en otra vida podríamos haber sido camaradas.

A veces sueño con los que no llegaron a viejos. Los veo enteros, con dientes, con risas, con futuro. Ellos quedaron congelados en la pólvora y la tierra húmeda, mientras yo avancé hasta esta decrepitud. No sé si les hice un favor sobreviviendo o si los traicioné al seguir respirando cuando todo se volvió oscuro. La memoria es un tribunal que no cesa, y yo soy juez y condenado al mismo tiempo.

La sopa se acaba despacio como manantial que deja de manar. Ninguno pide más.



El sueño de la razón produce monstruos (Goya)

No logro recordar cuándo dejé de controlar mis pensamientos. Tal vez fue cuando los monstruos empezaron a hablarme, contándome historias que nunca quise escuchar, pues cada uno de sus susurros contenía un nombre que conocía demasiado bien. Cada susurro me recuerda lo que perdí, me recuerda que el amor que un día tuve ahora me persigue en las sombras.

Cuando el sueño no logra apagar los recuerdos, despierto delante de mi propia sombra, esa que ha vivido media vida preguntándose si el amor no correspondido es un error. Los monstruos se despiertan cada vez que su pensamiento llega a mi cabeza; en ese instante, sus sombras susurrantes invaden mi mente y me devuelven a ese amor que un día viví.

Pasaron semanas, incluso meses, en los que cada día, cuando el sol caía, los monstruos atormentaban mi mente. No era capaz de dormir: cada vez que cerraba los ojos, los suyos aparecían, tan lúcidos y exactos que parecía que siguiera delante de mí. A través de ellos veo lo que vivimos, lo que fuimos, lo que no supimos sostener.

El silencio de la noche se convirtió en mi peor juez. Durante el día, la razón se disfrazaba de calma: fingía tener respuestas, fingía decirme que todo pasa, que el tiempo cura, que amar también cansa. Pero al caer la noche, cuando el sueño se acercaba con pasos inseguros, la razón se dormía antes que yo, y entonces los monstruos ocupaban su lugar.

A veces me pregunto si los monstruos nacen del sueño o de la razón; si aparecen cuando la mente se cansa de luchar o cuando el corazón se niega a olvidar. Quizá no sean enemigos. Quizá solo son restos: fragmentos de lo que amé demasiado, de lo que creí eterno sin tener edad para entender lo frágil.

Recuerdo cómo todo empezó sin hacer ruido. No hubo grandes promesas ni palabras bonitas. Solo miradas que duraban un segundo más de lo normal, silencios que no incomodaban, una forma nueva de pronunciar mi nombre.

Y quizá ahí empezó el error: no en amar, sino en creer que el amor siempre encuentra dónde quedarse.

Los monstruos me dicen que fui ingenua. Que confundí intensidad con eternidad. Que le di un hogar a alguien que solo estaba de paso. Me repiten que la razón habría sabido irse antes, que no se habría quedado reconstruyendo ruinas. Pero la razón nunca supo amar.

Cuando el sueño por fin me vencía, soñaba despierta. No con finales felices, sino con escenas pequeñas: manos rozándose sin querer, risas que nacían de la nada, la sensación de pertenecer a algo, aunque fuera a un instante. Y despertaba con el pecho apretado, porque entender que algo fue real y ya no existe es una de las crueldades más silenciosas del recuerdo.

Mi sombra creció con cada despertar; se hizo más larga y más pesada. Empezó a preguntarse cosas que nadie debería preguntarse y menos por amor: ¿fui suficiente? ¿amé demasiado? ¿amar sin ser amado es un error?

Si entregar todo aun sin ser correspondido es un error, entonces prefiero equivocarme.

Porque no hay nada más bonito que sentir de verdad, aunque ese sentimiento no encuentre un lugar donde quedarse.

Los monstruos se ríen cuando pienso eso. Se alimentan de mi contradicción, de mi forma de defender el amor incluso cuando duele. Me dicen que no sirve, que solo deja restos, que la razón tenía razón desde el principio. Pero los miro, incluso en la oscuridad, y entiendo algo que antes no sabía: los monstruos existen porque amé.

Y no me arrepiento de haberles dado vida.

A veces imagino que todos llevamos dentro una habitación oscura. En ella se acumulan las cosas que la razón no sabe explicar: los recuerdos que no se van, los nombres que duelen, los abrazos que ya no existen. Cuando el sueño entra sin permiso, la llena de monstruos. Pero también de verdad.

Yo no dejé de amar cuando todo terminó. Seguía amando la sombra de lo que fuimos, la luz que una vez nos iluminó.

Amar es seguir recordando, incluso cuando la decepción pese más que los monstruos de mi mente.

Porque quien ama, ama para siempre.

Esa diferencia la razón nunca supo explicármela. La razón me pedía olvidar; el sueño me obligaba a recordar. Y entre ambos aprendí que el amor no desaparece: se convierte en la sombra de lo que un día fue felicidad.

Mi sombra ya no duele como antes. Ahora camina conmigo. Me recuerda que fui capaz de sentir algo real, algo sano, algo que no nació del miedo. Que, aunque el final fue decepción, el principio fue verdad. Y eso nadie puede quitármelo.

Dicen que cuando la razón duerme nacen monstruos. Pero nadie habla de lo que nace cuando la razón está despierta y decide no amar: nace el vacío, y no hay monstruo más cruel que ese.

Por eso ya no temo al sueño, ni a la noche, ni a las sombras que regresan. Prefiero convivir con mis monstruos antes que vivir sin haber amado. Prefiero una herida honesta a una vida intacta y vacía. Prefiero equivocarme sintiendo que acertar sin sentir nada.

Y si algún día la razón vuelve a dormirse y los monstruos regresan, los dejaré hablar. Ya no les tengo miedo. Ellos saben mi historia. Yo la viví.



El sueño
de la razón
produce
monstruos

Si quebró el cántaro (Goya)

Por las calles de Fuendetodos, en un lugar de Aragón, camina un niño con un cántaro vacío sobre la cabeza. Después de un buen rato de caminar y caminar, se le iluminan los ojos al ver una fuente. Se acerca a esta y llena el cántaro hasta arriba. Lo intenta coger otra vez, pero se da cuenta de que lo ha llenado demasiado. Piensa en vaciarlo, pero descarta la opción al recordar las palabras de su madre: “Procura que no se te caiga el agua, Francisco. Hay poca agua y, si la tiras al suelo, la desperdicias.” Como el niño Francisco no quiere desperdiciar el agua, coge el cántaro y se predispone a recorrer el camino de vuelta bajo el abrasador sol del comienzo del mediodía. Camina y camina, durante un rato que se le hace eterno.

Muerto de calor, Francisco escucha una voz: “¡Cereza! ¡Cereza! ¡Zumo de cereza! ¡Cereza!”, esperanzado por poder beber algo de zumo, mira a su alrededor. En el lateral del sendero por el que camina, delante de una casa destartada y rodeada de cerezos, hay un joven al lado de una mesa a rebosar de cajas de cerezas y jarras de zumo fresco. Francisco deja el cántaro en el suelo y corre hacia el joven: “¿Cuánto por una jarra de zumo?”, pregunta. “Con tres reales me vale”, contesta el joven, que aunque sonríe con plenitud, no parece compartir la admiración de Francisco respecto a ese zumo tan jugoso. “¿Está bueno el zumo? ¿Lo ha probado usted?”, pregunta, y el joven lo mira y responde: “No me sirve de nada probarlo, mi nariz no funciona y no noto el sabor de la cereza.” El niño replica: “Qué vida tan triste tiene usted, se planta aquí a vender un zumo que tiene tan buena pinta sabiendo que no podría disfrutarlo ni aunque quisiera. ¿No le parece triste?”. Ante la falta de respuesta, continúa hablando: “¿No ha probado a arreglarse la nariz? Mi madre dice que si no hueles, es porque te has puesto malo; quizá si me acompañas hasta mi casa, te hará uno de sus remedios”. El joven mira a Francisco como si no entendiera la situación:

“Mi nariz no se puede arreglar y, por lo tanto, no quiero los remedios de tu madre. Tampoco es que quiera arreglarla; nací así y no es asunto mío cambiarme. Además, yo vivo feliz, porque hago que todos los viajeros que pasan por este sendero disfruten de mi arte”. El niño se sorprende: “¿Arte? ¿Acaso pinta usted?” El joven le contesta: “El arte no es solo pintura o escultura: El arte puede ser lo que uno quiera. Yo, por ejemplo, domino el arte de hacer zumo de cereza y de que mis cerezas sean las más jugosas de todo Aragón”. El niño mira al sol, que ya luce con todo esplendor justo encima de su cabeza. Se acuerda de que tiene que llegar a casa antes de que se esconda detrás de la colina, así que corre hacia el cántaro sin ni siquiera comprar zumo, y lo vuelve a coger para retomar su camino.

El niño camina y camina, mientras piensa en el joven y sus palabras. Si el arte puede ser lo que uno quiera, ¿cuál es su arte? Lo único que hace él es ayudar a su madre y jugar de vez en cuando. Al niño le vienen muchas preguntas a la cabeza: ¿Ayudar a la gente puede ser un arte? ¿Cómo puede ser uno feliz, si es incapaz de disfrutar de una cosa tan simple como un jugo de cereza? ¿Él es feliz?...

Después de un rato de caminar envuelto en sus pensamientos, Francisco para un momento para descansar. De lejos, escucha un llanto y achina los ojos para ver con claridad la figura que se le presenta a unos metros de distancia. Se vuelve a levantar y acelera el paso. Junto al sendero por el que camina nuestro protagonista, hay una mujer bellísima echada en el suelo, llorando y tirando de las malas hierbas a su alrededor, como una niña pequeña en pleno berrinche.

“¿Por qué llora?”, pregunta el niño. La mujer lo mira con ojos llenos de tristeza. A su alrededor hay lo que parecen maletas, algunas intactas, otras abiertas; y ropa desparramada por el suelo y llena de barro. La mujer no le contesta. Detrás de ella hay una casa pequeña de donde sale un grito: “¡¡Sal de aquí!! ¡¡Ramera!! ¡¡Como no te vayas voy a salir a meterte un tiro en la cabeza!!” Qué cosas tan espantosas, pensó Francisco: “Ese hombre debe de estar muy enfadado”. La mujer lo mira: “Lo está.”, “¿Qué has hecho?”, “No enamorarme de él”, “¿Y por qué no te enamoras?” Se hace el silencio y el niño aprovecha para sentarse a su lado y tirar de las malas hierbas, al igual que hace ella, para ver si así logra entender a la misteriosa mujer que se ha encontrado. “Sí que estoy enamorada, pero de otro hombre,

y no puedo ser la mujer de alguien si quiero a otra persona. Mi problema es que no puedo escoger de quién me enamoro”.

Francisco reflexiona: “Mi madre sí que lo pudo escoger, siempre dice que el abuelo le dijo que se tenía que casar con mi padre, así que seguramente decidió enamorarse de él”. Ella ríe: “Tu madre debe ser una mujer muy valiente”. Francisco, que no entiende por qué dice eso, la ignora y se guarda la duda para pensarla en lo que le queda de camino hasta casa. Vuelve a preguntar: “¿El hombre enfadado la ha echado de su casa?” Ella asiente. “¿Y dónde va a ir usted ahora?” De repente, como si se hubiera despertado de un trance, la mujer se levanta y se pone a coger toda la ropa suelta y a cerrar las maletas. El niño la mira desde el suelo. Ella coge sus pertenencias como puede y mira la casa antes de darse la vuelta y caminar hacia el bosque que hay al lado del sendero. De repente, Francisco se percató de que el sol ya no está en lo alto y de que su madre debe estar furiosa. Coge el cántaro otra vez y continúa su camino a casa.

Mientras camina, le vuelve la duda. ¿Su madre es valiente? Una vez, cuando Francisco era un niño chico, tuvo un encuentro desafortunado con un perro. Tal fue que acabó corriendo como alma que lleva el diablo para que el perro no le mordiera. Cuando llegó a pocos metros de su calle chillando “¡¡mamá!!, ¡¡mamá!!”, su madre salió con una sartén y le dio un buen golpe al perro para que se fuera. Ese día no estaba su padre y Francisco pensó en lo valiente que era su madre. Si por él fuera, habría corrido hasta la eternidad con tal de no enfrentarse al perro. “Mi madre es valiente”, se dijo a sí mismo. “Quizá esa mujer la conoce y por eso lo sabe”.

Francisco está ya muy cansado; este día en particular se le está haciendo largo. El camino está lleno de gente curiosa y es incapaz de no pararse a descubrir sus historias. Piensa en el castigo que le pondrá su madre, que le ha dicho que llegara antes del anochecer. Desde donde está ya ve su casa, destartalada, entre otras muchas. Pasa por delante de la taberna, del panadero, de la modista... Antes de llegar a su casa, decide pararse y entra en casa del Señor Carlos. Como siempre está sentado delante de la ventana, pintando lo que parece el mismo paisaje de siempre: “¿Cuántos cuadros ha pintado hoy, Señor Carlos?”, pregunta el niño. “Llevo todo el día con el mismo”. Francisco, sorprendido, se acerca al anciano y observa un cuadro que, aunque parece igual que los tantos que ha pintado, como siempre, tiene algo distinto. El paisaje es el mismo; lo que cambia esta vez no son las tonalidades de verde de los árboles ni la posición de los elementos, sino que en el centro de la imagen hay una mujer joven. No se le ve la cara, ya que está de espaldas, pero tiene un pelo precioso de color rojo teja. Carlos explica: “Llevo toda la vida intentando dibujar este cuadro en específico. Y después de tantos intentos, tantas mejoras, por fin lo he conseguido”. El niño se queda mirando al cuadro y pregunta: “¿Quién es esta mujer?”, Don Carlos sonríe: “Esa es mi hija, me pidió que le hiciera un cuadro antes de morir, y llevo intentando desde entonces capturar el último recuerdo que tengo de ella”.

Francisco sale de casa del señor Carlos porque sabe que llega tarde. Piensa en lo que le ha dicho el sabio anciano y piensa también en todos esos médicos que lo han tachado de loco, por llevar dibujando el mismo paisaje durante 20 años por lo menos. En todas esas personas ignorantes que no veían que cada cuadro era mejor que el anterior, más preciso.

Francisco llega a casa y se planta ante una madre en pura cólera, que siente que ha desperdiciado su día porque no ha hecho la colada y que sabe que, cuando su marido llegue a casa en menos de una hora y vea que su camisa blanca no está limpia, la castigará como ella está castigando a su hijo. Además, al regañar al niño, este se ha asustado y ha dejado caer el cántaro, que yace roto en el suelo, rodeado por un charco de agua. Mientras recibe, el niño piensa. Piensa en las personas que se ha encontrado por el camino. Pero lo que no sabe es que, gracias al joven que no tiene olfato y vive feliz, él conseguirá lidiar un poco mejor con la enfermedad que lo dejará sordo en unos años.

Lo que no sabe es que, por ver a esa mujer desesperada porque no ha podido escoger con quién casarse y ha tenido que vivir enamorada a escondidas, sus obras, que más adelante serán famosas, estarán dedicadas a la crítica de situaciones como las de ella.

Lo que no sabe es que, gracias a don Carlos, aprenderá sobre la perseverancia y sobre no conformarse con un resultado mediocre cuando se puede llegar a un resultado excelente.

Y lo que menos sabe es que cuando su padre llegue a casa y mate a su madre sin querer, lo guardará en su cabeza y se pasará la vida dibujando esa imagen una y otra vez hasta que quede exactamente como en su mente. Una vez plasmada en un cuadro, Francisco quemará la imagen y todos sus bocetos, con la intención de borrar de la faz de la tierra algo tan feo como herir a quien quieres.

Lo que sí sabe es que él se dedicará al arte. Lo hará tan bien que será conocido como el gran Francisco de Goya y Lucientes.

FIN.



Se quebró el Canturo.